

DATOS SOBRE EL DESCUBRIMIENTO DE LA MOMIA DEL CAJÓN

Por Roberto Vitry

I

ENTREVISTA A JUAN BÜHLER (1988)*

“Allá está el nevado de Cafayate, el nevado del Cajón. De ahí saqué una momia y se la vendí a Pedro Mendoza, que era arriero de una tropa de carros y a quien le gustaba mucho esto de las colecciones indígenas”. Esto le decía Juan Fernández Salas a Juan Bühler Yetzer, en una fría mañana de junio de 1929. Ambos se encontraban en las proximidades de Tolombón, en pleno valle Calchaquí, conversando mientras trabajaban en una veta de sal.

“Yo conocí a Fernández Salas – contestó Bühler –, era chileno. Lo conocí en la finca Ceibalito, de Anta, propiedad de unos ingleses, en 1927. Nos hicimos muy amigos. Era un hombre que en esa época tenía unos 45 años. Cuando conseguí reunir unos pesos, abandoné el trabajo de la finca, me compré un camión e invité al chileno a trabajar en Mendoza, pero no llegué. Después de un tiempo en Catamarca, me volví a los valles. Me interesaban más los valles calchaquíes, no sé por qué”.

Juan Bühler es uno de los miembros más conspicuos de esa extraña pléyade de buscadores de tesoros. En las huellas de la leyenda, tenaces aventureros mantienen latente la ilusión de arrebatar alguna vez de las entrañas de la tierra sus áureos secretos. A propósito, Vezio Melegari, en su libro “Tesoros escondidos”, expresa que: “Una de las causas del atractivo inherente a la palabra “tesoro” se basa en la misma acepción, pues el propio término encierra ya gran cantidad de secretos”.

Investigar esos secretos es lo que guía, sin duda, a estos cofrades del misterio a develar sus incógnitas, pero también lo hacen impulsados por el afán de experimentar lo otro, las alternativas que depara el hecho de codearse con la aventura extrema. Y fue este afán indudablemente, el que llevó a Bühler y Fernández Salas a encaramarse a la cumbre del Cajón, desde donde éste último, interrumpiendo su sueño eterno, bajó una momia. El

* Publicada originalmente en “El Tribuno Revista” de Salta el 29 de mayo de 1988 con el título de “La Cofradía del Misterio: los buscadores de tesoros”.

Cajón o Chuscha (5.468 m) es el punto culminante de los nevados de Catedral, cordón montañoso en el límite provincial entre Salta y Catamarca, en el borde oriental de la Puna.

“El viejo Felipe Carpanchay le había dicho a Fernández Salas que en la cumbre además de la momia, habían sido depositadas tres cargas de plata. Eso era mentira, no había nada allá”, comentó Bühler, quien prosiguió relatando: “El chileno Fernández Salas, que sacó la momia por 1922 – no recuerdo bien – me confió que después de venderle a Mendoza le propuso una sociedad para la excavación de las sepulturas. Mendoza aceptó con la condición de que lo acompañara un hijo suyo, pero después el hombre se echó atrás. Tenía lindas conexiones, qué lástima. Dijo que con él aprendió a conocer todo el asunto de los aborígenes, sus sepulturas, los lugares en que vivían. Hay sitios interesantes a los cuales el hombre no tocó aún, como acequias y canales de piedras para llevar agua a los cultivos”.

Entonces señalándome de nuevo el nevado, Fernández me dijo que para ir hasta ahí, teníamos que esperar noviembre. Era junio y me repitió que no podíamos subir. “No, usted don Bühler no conoce arriba. No podemos ir, son unos fríos terribles y un viento tremendo”. Vamos, le dije, total a usted no le va a costar nada. ¿Vamos a fracasar, acaso?, no, no vamos a fracasar. Nosotros vamos a llegar arriba”. En efecto, un mes después en julio, nos encontrábamos arriba, con un clima de verano. Me comentó “esto es una cosa que nunca he visto y eso que yo vengo por acá casi todos los meses del año”.

“La primera ascensión sirvió para explorar los sitios. Después volvimos en setiembre y casi nos morimos allá. Teníamos 27 colchas de lana para taparnos, dos colchones, sábanas, almohadas y otras cosas más dentro de una carpa doble. Esa noche las mulas pisotearon los fulminantes de las dinamitas que, felizmente, no explotaron por el frío. El viento rompió la bolsa de papel donde habíamos puesto dos kilos de coca. En julio, Fernández Salas me había mostrado la pirca donde extrajo la momia que vendió a Pedro Mendoza y que éste vendió posteriormente a Bustamante, propietario de una herboristería en la calle Pueyrredón, casi esquina Santa Fe, en la Capital Federal. Y conocí ahí tiempo después a la momia, estaba en una vitrina. Era una muchacha joven, con el cabello con trencitas finitas. Tenía puesto una especie de pulóver de lana de alpaca, tejido a rombos blanco y marrón, con unas trabas de plata, una cuchara del mismo metal achatada y con la parte del mango, en punta hacia el poncho o túnica. Cuando el chileno la encontró, la momia estaba sentada mirando hacia el Este, protegiendo a su gente”.

En la otra tumba

“Fernández Salas me contó que a unos 100 metros, más abajo, se encontraba otra sepultura, que no había sido tocada aún. Entonces fue que empezamos a trabajar en esa pirca, en setiembre, donde Carpanchay creía que estaban enterradas las tres cargas de plata. Llegamos a cavar hasta una profundidad tal, que sentados el viento no lo afectaba a uno. Porque el viento arriba es muy fuerte, levanta pequeñas piedritas que castigan la cara, y es muy doloroso. Ese día trabajamos mucho, con grandes dificultades y apurados, por el tiempo. Cavamos un agujero en el centro de la sepultura y llegamos a descubrir unas lajas. Eran cuatro piedras canteadas que se unían al centro de la sepultura. Se hizo tarde ese día y decidimos volver al día siguiente para colocar la dinamita y saber qué había adentro. Al anochecer, cuando retornamos al campamento, le dije al arriero que preparase las mulas para salir bien temprano, al otro día hacia arriba, de nuevo. Cuando amaneció, el arriero se fue a buscar las mulas que habían quedado acollaradas. A las 11,30 el peón no había vuelto, así que estaba el día perdido. Cuando llegó, le pregunté qué había pasado y me respondió: “Allá abajo, en el salto donde sólo pasa un animal, por ahí pasaron las dos. ¿Cómo han hecho? No sé. Los animales no están lastimados, no tienen nada, don Bühler”.

“Abandonamos y fuimos todos para abajo. No convenía que destrozara con una dinamita la sepultura. Gasté mucha plata en eso. Esa es la historia de la momia del Cajón, no de los Quilmes. Los indios respetan mucho las sepulturas, por eso los españoles enterraban los tesoros a los cuales los aborígenes consideraban sagrados, porque allí no iban a ir, con seguridad. Nosotros, en cambio, no respetamos nada. Esa es la historia. No seguimos trabajando allí esa vez. Quedaron calentadores, una lata con nafta de aviación, barretas, cucharines, combos martillos, cortafierros, palas, picos y muchas cosas más. Anduvimos por el nevado más de dos años intentando arrancarle sus secretos. Todo ese material quedó en un pozo, en la cumbre, para volver a utilizarlos en otra oportunidad, pero cuando volvimos, el hielo lo había cubierto todo. Cuando decidimos con Fernández Salas no volver más, uno de los Carpanchay me preguntó si podía bajar las cosas, y le dije: son tuyas, bájalas. Ellos van por la zona seguido, buscando animales. Son ellos, los Carpanchay, los que dieron el dato de la momia al chileno Fernández Salas. Cuando nosotros fuimos en 1929 al Cajón, el viejo Felipe Carpanchay, ya había fallecido. En setiembre el frío era intenso, calculamos unos 10° a 20° bajo cero. El nevado está a unos

5.500 metros, muy alto. Como consecuencia de ello, Fernández Salas quedó con los pies congelados e hinchados, y yo se los curé como pude. Los pedazos de medias le salían con la piel. No podía caminar, había quedado "sucho". Quería calentar agua para sus pies, pero el tarro que encontré en un rancho, estaba agujereado. Tampoco teníamos carne y logré cazar unos guanacos. Al chileno lo bajamos como pudimos y después lo trasladamos a Salta, donde quedó internado y logró curarse. Con el tiempo se enfermó del páncreas y murió en Antofagasta de la Sierra, donde vivió sus últimos años. Fue sepultado allí".

No hubo cheque falso

Juan Bühler reside en La Merced y pese a sus 80 años de edad, conserva una lucidez extraordinaria, precisando detalles importantes de esos sucesos, que allegan más datos al caso de la momia del Cajón. Bühler prosigue su relato:

"Al negocio de Bustamante, en Buenos Aires, llegué en 1935 ó 1936, por cuestiones de yerbas medicinales. Yo no sabía de la momia del Cajón o el destino que había tenido. Esta se encontraba en una vitrina construida especialmente y que daba a la puerta de la calle. Yo conservo cartas de Bustamante, donde me solicita fotos del lugar donde había sido extraída la momia. Él se la compró a Mendoza y probablemente siempre visitaba Cafayate. Fernández Salas me dijo que Bustamante pagó por la momia 500 pesos. No hubo cheque falso o sin fondos. En esos tiempos no se usaba eso y siempre hubo quien ejecutara las deudas pendientes. ¿Que la haya pagado a largo plazo? Sí, pero la pagó", expresa con firmeza Bühler.

"Otra momia debe haber en la otra pirca, más debajo de la cumbre. "Ahí debe estar el machito", le decía el viejo Carpanchay a Fernández Salas. Pero arriba hay mucho hielo, un hielo muy duro. Yo llevé una lámpara, recuerdo, y con el calor derretía el hielo, pero enseguida se solidificaba en otro lado. Falta oxígeno. Con el chileno intentamos sacar la otra momia, pero ¿usted sabe lo que es cavar allí? Eso se hizo, sin duda, con cientos de indios en su momento. El nevado tiene dos cumbres. El pircado de donde sacaron la momia está más arriba; el otro más abajo pero no se tocó aún. No fue destapado. Los dos pircados están sobre Salta. Fernández Salas vendió bien la momia a Pedro Mendoza, según me contó. Mendoza vivía de eso, vendiendo cacharros antiguos. También yo compraba esas cosas. Una vez llevé una colección bien linda a Buenos Aires".

En sus orígenes la momia del Cajón fue identificada como “Momia de los Quilmes”, y con este título, Amadeo Rodolfo Sirolli brindó los primeros detalles. Además logró fotografiarla en mayo de 1924, en Cafayate, siendo esos los únicos documentos gráficos que se poseen sobre ese legado del pasado precolombino. Este aporte de Juan Bühler, que vivió más de dos años buscando desenterrar la otra momia del Cajón junto al chileno Juan Fernández Salas, difiere de los datos recogidos hace medio siglo por Sirolli. Queda en claro, que quienes retiraron la momia de la cumbre del Cajón, fueron el chileno Juan Fernández Salas, y el lugareño Felipe Carpanchay, que no se atrevió a extraer el fardo funerario. “A la momia le faltaba un pedazo de nariz, marca que le quedó como consecuencia de la explosión de la dinamita”, le confió Fernández Salas a Bühler.

II

LA MOMIA DEL CAJÓN: FIN DE LA INCÓGNITA*

En una colección privada, en Buenos Aires, fue ubicada recientemente la “momia del Cajón”, de la cual nada se sabía desde hace más de medio siglo. Había sido anteriormente propiedad del ingeniero Absjorn Pedersen. Una cuidadosa como larga investigación del montañista sanjuanino Antonio Beorchia, le permitió arribar a feliz término en la difícil tarea que se había autoencomendado. La “momia del Cajón”, al principio igualmente conocida como “Momia de los Quilmes”, emigró desde su Cafayate natal en los años '20, hacia un prolongado destierro en Buenos Aires. El dato nos fue comunicado por el arqueólogo Juan Schobinger desde Mendoza.

La princesa calchaquí

La “momia del Cajón” es uno de los relictos salteños más preciados legado por la América precolombina y de cuya existencia se perdieron los rastros en la década del '20, al poco tiempo de haber sido bajada de su mausoleo de pirca, ubicada en uno de los altos bastiones del cordón Catedral, al Oeste de nuestra provincia.

Con la boca abierta como suplicando compasión por su vida y los ojos de cuencas vacías atesorando siglos de silencio en su interior, esta mueca implorante estereotipó un rictus dramático en su continente para siempre. La tiara sobre su frente, y el resto del

* En “El Tribuno Revista”, Salta, 5 de enero 1992.

lujoso ajuar funerario, fueron el mudo testimonio de su elevado rango y dignidad. Pero los dorados oropeles propios de su casta real, de nada sirvieron al momento de ser sacrificada, de su ingreso traumático a la eternidad. El alarido desgarrador y postrero que brotó de su interior, se lo llevó el gélido viento puneño, depositándolo sobre profundas quebradas y las laderas de los enhiestos picos, siendo devueltos en forma de lastimeros ayes cuando su majestad de la cumbre soplabla con más fuerza, como queriendo destrozarse la acongojada protesta de la "Princesa calchaquí". Su curioso destino la llevó a ser la atracción de los viandantes, en un escaparate de un negocio del lujoso barrio Norte hasta su desaparición total. Las especulaciones sobre su destino se amontonaron de tal forma que, caprichosa y casquivanamente, la "momia del Cajón", saltó de un museo al otro, como si jugase a la rayuela.

La colección Pedersen

En julio de 1984, la casa de remates Posadas sacó a la venta la colección arqueológica del ingeniero Absjorn Pedersen, un investigador que inició en 1934 los estudios de las pinturas rupestres de Cerro Colorado, en Córdoba, a la par que volcó sus inquietudes científicas sobre el estudio de la metalurgia americana prehistórica. Al momento del remate de las piezas, ciertos sectores de opinión hicieron sentir sus protestas, considerando que la "colección Pedersen" tenía valor de patrimonio cultural.

"Ya que no pudo concretarse mi viejo proyecto de construir un museo destinado al arte rupestre y arqueológico, trámite que inicié en 1958, y en vista de mi avanzada edad, he resuelto desprenderme de una parte de mi colección. Debo agregar que, hasta el presente, ninguna institución mostró interés por ella", expresó el ingeniero Pedersen (La Nación, 28/07/84). Finalmente las piezas fueron subastadas por un precio inferior a las bases. Primero se vendieron los elementos peruanos de la cultura Lambayaque, de Batán Grande, y luego "se procedió al remate de las piezas argentinas de culturas del Noroeste..." ¿Fue en este último lote la Momia del Cajón?

"Allá está el nevado del Cajón. De ahí saqué una momia con Felipe Calpanchay y se la vendí a Pedro Mendoza", le decía el chileno Juan Fernández Salas a Juan Bühler Yetzer, una fría mañana de 1929 en Tolombón. Fernández Salas y Bühler Yetzer, un mes más tarde, se habían encaramado a la cima del Cajón o Chuscha (5.468 m), buscando el "machito", el cual, según la tradición oral local, se encontraría en la cumbre menor. En el citado artículo, Bühler Yetzer brinda detalles interesantes de la "momia del Cajón" y de

que Pedro Mendoza vendió la misma a Bustamante, propietario de una herboristería en Pueyrredón, casi Santa Fe de Buenos Aires.

Clemira Brizuela Mendoza es hija de Pedro Mendoza (Luis Ignacio Brizuela Mendoza, en realidad), un riojano que recaló en Cafayate y que, con el tiempo, logró amasar una considerable fortuna. La señora Clemira Brizuela Mendoza expresó a El Tribuno Revista que “en virtud del conocimiento que poseo sobre el tema de la momia, un peón de mi padre de apellido Calpanchay, fue quien la encontró habiendo recibido por ello una generosa gratificación, quedando desde entonces – 1922 – al cuidado de mi familia en Cafayate. Transcurridos varios años, se recibió la visita de un investigador de temas indígenas radicado en Buenos Aires, quien le solicitó a mi padre le facilitara la mencionada momia para ser expuesta en Capital Federal. Habiendo accedido mi padre a tal pedido, supimos que era exhibida en una vidriera en Avenida Santa Fe, entre Junín y Uruburu. Al mismo tiempo y ante gestiones para que se restituyera la momia a Cafayate, la misma desapareció y nunca, desde entonces, supimos el paradero”.